

La tendencia antidemocrática

Martes, 26 de abril de 1938

No hay que cerrar los ojos frente a una realidad innegable y grave: la crisis actual de las democracias. Pero si miramos con serenidad ese fenómeno, tan general, llegaremos a asegurarnos y, al menos, podremos medir el alcance real de la crisis y orientarnos para la búsqueda de las causas hacia las soluciones de remedio.

Hay una observación tan olvidada como simple: es la experiencia constante según la cuál —y por cuya causa— se ha producido siempre en todas partes una limitación de las libertades políticas del ciudadano, un refuerzo del gobierno y un debilitamiento de la acción parlamentaria en el caso de guerra exterior o de guerra civil. Sin embargo, es precisamente lo que caracteriza al mundo de hoy: un estado de inseguridad general en el exterior, y de revolución social larvada en el interior, en fin, un estado casi de lucha internacional y civil. Esa situación, al generalizarse y al prolongarse, progresivamente agravada, a menudo, ha sumergido varios regímenes democráticos, haciendo de la violencia anormal el ambiente ordinario de la vida política.

Es imposible separar la crisis de las democracias de esas dos crisis: internacional una, interior la otra, en las sociedades contemporáneas. Al igual que sería inconcebible, en sentido contrario, explicar el desarrollo alcanzado por la democracia durante el siglo que precedió a la Gran Guerra, sin tener en cuenta sus largos periodos de paz y de una evolución social, entonces notablemente menos violenta en sus esfuerzos, sus oposiciones y sus medios de lucha.

Conviene observar cómo la crisis de las democracias se acentuó en los países vencidos, nacidos o transformados por la guerra, no satisfechos con la paz o que estaban, además, trastornados aún más por la lucha social. La democracia se mantuvo por el contrario más fácilmente allí donde los pueblos no fueron afectados por la guerra o en los Estados fuertes y vencedores que supieron mostrarse capaces de comprender y de dirigir una evolución social a la vez resuelta y prudente.

Mirando más de cerca, veremos cómo se confirman esas apreciaciones

sobre las crisis y los peligros de las democracias. El primer peligro, que acecha sobre todo a las influencias exteriores, es la debilidad del Estado como potencia internacional. A pesar de todas las influencias de internacionalismo, más o menos sincero e instalado, los pueblos conservan la precaución vital de su existencia y la visión clara de su dignidad colectiva. Las naciones han sentido, y pueden sentir siempre, sobresaltos viendo que su seguridad está comprometida, o que su prestigio es quebrantado, y ello a causa de la debilidad de un régimen que no se preocupa, como debería hacerlo, de esos problemas que deben estar siempre en primer plana.

En la vida interior del Estado, el obstáculo que ha hecho fracasar las democracias, inevitablemente y a gran velocidad, ha sido la inseguridad grave y crónica del orden público. Es decir la incapacidad manifiesta del gobierno de mantenerlo. Entonces, la conciencia colectiva acordó que en la base de todos los derechos individuales, proclamados en las constituciones liberales, existe el derecho a la vida, sin el cual todos los demás derechos no tendrían otra significación mas que una irónica crueldad. Comprendimos también, como otra verdad, indiscutible y fundamental, que reivindicamos, que obtenemos y que retenemos el poder, para ejercerlo en el gobierno; y cuando éste no significa nada para mantener la fuerza de la ley y para frenar los excesos, debe marcharse, dejando el sitio que no merece. Entonces la lucha es francamente comprometida entre las fuerzas extremas y opuestas, frente a las que el gobierno se había mostrado impotente.

Una debilidad igual fue suficiente para derrumbar un régimen democrático allí donde los poderes públicos representan la claudicación o la complicidad ante los excesos, más que la pasividad y la pereza: porque allí sólo supo poner su firma y el sello de su autoridad nominal debajo de las órdenes del desorden.

Otro motivo que está en relación con el precedente cuando, para que parezca a veces oponerse a éste es la falta de sabiduría, de justicia y de firmeza en algunas democracias para fijar el ritmo de la evolución social. Cuando una incapacidad tal se mostró, deslizándose hacia la extrema izquierda, sobre todo si ha aceptado la violencia de los métodos o el apresuramiento de las soluciones —cuestión de procedimiento que no podemos confundir con la amplitud y la justicia de esas soluciones— entonces el peligro se identifica prácticamente con la debilidad para mantener el orden. Pero cuando una incapacidad tal se mostrara como una resistencia pertinaz y reaccionaria para ralentizar o impedir la justicia social, entonces las democracias podrían caer —y las derechas no deben olvidarlo— caminando hacia el abismo del otro lado del camino que ha-

biamos querido recorrer tan lentamente o hacia atrás. Todos los peligros señalados, todas esas causas, podrían desgraciadamente amenazar la democracia durante un periodo, demasiado largo para la vida de una generación: pero en la escala histórica se tratará siempre de episodios no definidos. Las dificultades exteriores e interiores del momento serán superadas y la democracia, que es, a fin de cuentas, la causa de la Humanidad, renacerá como la luz después de los eclipses.

Después de terminar este artículo, recibí y leí la tercera edición del tan interesante libro de mi amigo y colaborador del *L'Ère nouvelle*, el Sr. B. Mirkine Guetzévitch, sobre *Las constituciones de la nueva Europa (Les constitutions de L'Europe nouvelle)*. Es sorprendente encontrar allí muy frecuentemente bajo los textos constitucionales una nota que registra el fallecimiento. El autor mismo proclama, en el prefacio, la sustitución frecuente de las democracias por unos regímenes autoritarios dictatoriales en Europa oriental, central y meridional. Y a pesar de esa constatación tan autorizada, conservo mi optimismo sobre el porvenir definitivo, más o menos lejano, de la democracia, y estoy seguro de que el sabio profesor Mirkine comparte tal esperanza.